

LA EXPEDICION FRANCO-VENEZOLANA AL ALTO ORINOCO EN 1951

(Tomado del **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Caracas, Nº 142).

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3 y 4, Volumen XII
Tercer y Cuarto Trimestres de 1954*

E

El 27 de noviembre de 1951, a las ocho horas y cuarenta minutos, al cabo de casi ocho meses de esfuerzo, la Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco llegó, por vez primera, a las fuentes del gran río. Sobre las aguas nacientes, pronto ondearon las banderas de Venezuela y Francia. Este acontecimiento fue acogido, en el mundo entero, como una nueva victoria del hombre sobre la naturaleza.

El responsable de la Comisión Francesa, entonces Secretario General del Grupo Luis Liotard, de la Sociedad de Exploradores Franceses, llegó a Caracas a principios de Diciembre de 1950. Las tramitaciones con el Gobierno Nacional de Venezuela empezaron de inmediato por intermedio del Jefe de la Comisión Venezolana, Mayor de E. M. Franz A. Risquez I, nombrado por decisión del Ciudadano Ministro de Defensa, con fecha 4 de Diciembre de 1950. Los Ministerios de Defensa, Educación Nacional, Obras Públicas y Minas e Hidrocarburos aceptaron participar en la organización y nombraron representantes para tomar parte en la Expedición. El organismo de centralización administrativa fue el Ministerio de Educación Nacional. El Ministerio de Defensa, a través de la Segunda Sección del Estado Mayor General, fue el organismo de enlace durante toda la Expedición.

He aquí, en orden alfabético, la lista de los integrantes:

Teniente Alfredo Alas Chávez, ayudante del Comandante de la Expedición — (M. D.);

Pr. Pablo J. Anduze, entomólogo y parasitólogo — (M. E. N.);
Sr. Manuel Butrón, concededor del Territorio Federal Amazonas;
Dr. Luis Carbonell, médico — (M. E. N.);
Capitán Félix Cardona Puig, astrónomo y cartógrafo de la Cartografía Nacional de Venezuela — (M. O. P.);
Sr. Félix Cardona-Johnson, ayudante cartógrafo (M. O. P.);
Dr. Carlos Carmona, geólogo — (M. e H.);
Dr. Marc de Civrieux, geólogo — (M. e H.);
Pr. Pierre Couret, farmacéutico y botánico;
Dr. León Croizat, botánico y fitogeógrafo — (M. E. N.);
Pr. José M. Cruxent, etnólogo y arqueólogo, Director del Museo de Ciencias Naturales de Caracas — (M. E. N.);
Ing. Joseph Grelier, geógrafo e hidrógrafo, Jefe de la Comisión Francesa;
Sr. Pierre Ivanof, encargado de la proveeduría;
Pr. Frantz Laforest, etnólogo y arqueólogo;
Pr. René Lichy, entomólogo (lepidópteros);
Sr. Raymond Pélegri, radio-técnico;
Mayor de E. M. Franz A. Risquez I., Comandante de la Expedición (M. D.);
Sr. Ildefonso Villegas, Jefe de Personal;

Treinta y ocho obreros y marineros, reclutados en el Territorio Federal Amazonas, formaban el personal de la Expedición.

Primera fase: Construcción de la pista de aterrizaje y del Campamento de base N° 1 en La Esmeralda — Estudio de la zona de La Esmeralda.

A principios de abril de 1951, se emprendió, con la participación del X Grupo de Transportes de las Fuerzas Aéreas Nacionales, una serie de vuelos de reconocimiento, con el propósito de reconocer las posibilidades de construir una pista de aterrizaje en la zona de sabanas de La Esmeralda, la cual se extiende a la orilla derecha del Río Orinoco, unos cuarenta kilómetros aguas arriba de la bifurcación del Brazo Casiquiare.

La comisión avanzada, encargada de la construcción del campo de aterrizaje, salió de San Fernando de Atabapo el 10 de abril, a bordo de una lancha equipada con un motor fijo; también tenía dos curiaras, embarcaciones indígenas, hechas de un solo tronco de árbol, equipadas con motores

fuera de bordo. El grupo estaba integrado por: el Teniente Alas Chávez, los Profesores Laforest y Couret, los señores Ivanoff y Pélegri, cinco Guardias Nacionales y diez obreros y marineros reclutados por el Sr. Manuel Butrón. El equipo se limitaba a unas carretillas, palas, picos, hachas y machetes. El 25 de Abril, recibimos en Caracas un radiograma: «Pista estará lista el 27». Por carecer de noticias de la comisión avanzada, ya estábamos bastante inquietos; supimos después que tan pronto como se desembarcó el material, los comejenes se comieron el aislador del transformador de la estación del radio; Pélegri lo arregló someramente para avisarnos que se podía aterrizar.

El primer avión —un DC3 del X Grupo de transporte— llegó el 29 de Abril. La pista tenía mil metros de largo, sobre cuarenta de ancho. El trazado había sido cuidadosamente hecho en la parte sur de la sabana, la más llana, a lo largo del Orinoco. Quemadas las altas gramíneas, la demolición y derribo de los termitarios constituyeron lo más duro de la obra.

La lucha contra los insectos ya había empezado: comejenes y hormigas devastadores, que ponen sus vidas y sus provisiones a salvo de las inundaciones construyendo altos abrigos; los «jejenes», horribles mosquitos negros, pertenecientes a la familia de los Simulides, y llamados, en muchas partes de Venezuela, «la plaga». Del alba al crepúsculo, la hembra, hematófaga, acosaba a los desdichados exploradores. El Río Orinoco, en esta parte de su curso, pertenece a la categoría de los ríos llamados «de aguas blancas», es decir, de aguas turbias, cargadas de sedimentos, donde esos insectos se reproducen con más facilidad; en las sabanas de La Esmeralda, hay verdaderas nubes de ellos.

La vegetación de sabana, compuesta especialmente de gramíneas, sorprende en medio de la densa selva. Esa vegetación se instaló sobre las vertientes eluviales y aluviales producidas por el desgaste de las colinas. Las colinas ruiformas de La Esmeralda son vestigios de la antigua extensión de las areniscas de la Formación Roraima, la cual recubrió, en forma continua, el zócalo granítico arcaico del Escudo Guayanés, y cuyo espesor pasa de los 2.500. Mts. Las colinas y sabanas de La Esmeralda se extienden, del este al oeste, sobre unos cinco kilómetros. El majestuoso Duida, con sus flancos abruptos donde brillan numerosas cascadas, forma hacia el norte, una espléndida tela de fondo. Esa gran meseta, con su corona de nubes, ya había encantado a Humboldt.

Ningún riachuelo permanente atraviesa la sabana; el suelo, muy permeable, no permite otro drenaje superficial que unas zonas pantanosas, caracterizadas por la esbelta silueta de la palmera «moriche», y llamadas «morichales». Ya había empezado la temporada de grandes lluvias; el nivel

del río había subido más de dos metros en tres semanas; las playas habían desaparecido.

En muchas partes, el río invade ya las riberas y las islas bajas, arrastrando tierras, arrojando árboles. Por la mañana, la capa uniforme de nubes bajas, formada durante la noche por la sudación de la selva, se divide y empieza a elevarse, formando cúmulos perfectamente individualizados; estas nubes van aglomerándose progresivamente, hasta constituir enormes masas cumuliformas, de gran desarrollo vertical; estas formaciones son características del movimiento diurno de convección, y, a la vez, de las tormentas, bajo el régimen de las calmas ecuatoriales. Diariamente, hacia el medio día, un torrencial aguacero se desploma bruscamente, en medio de truenos y relámpagos. El agua chorrea por la sabana; efímeras y potentes cascadas aparecen, entre las nubes, en las paredes abruptas y arroyadas del Duida.

Van construyéndose ranchos y caneyes: cada uno de los científicos de la Expedición es su propio arquitecto y maestro de obra. La Esmeralda, sabana desierta hace unas tres semanas, es ahora uno de los pueblos mayores del Territorio Amazonas... hasta ochenta personas. Los más fuertes y mejores marineros del Territorio llegaron de Puerto Ayacucho, de San Fernando de Atabapo, del Río Negro, del Cunucunuma. Gente del río y de la selva, estos hombres, venidos voluntariamente a tomar parte en la empresa, son los verdaderos, los únicos exploradores.

Los hombres de la selva navegan y caminan sin ruido, sin romper ramas, ni engancharse en las lianas. Parecen moverse sin esfuerzo, y su paciencia es infinita; saben escuchar, y oyen hasta los rumores que nosotros no percibimos. Hay tanta caza, que tenemos que salar la carne. A menudo acompaño al cazador, Francisco. Cada disparo suyo llega al blanco, por cuanto no usa el arma si no está seguro de alcanzarlo, como la fiera que no salta sino cuando está segura de agarrar la presa. Navegamos, en canoa, por el pequeño afluente que limita la sabana al oeste, y trae al Orinoco parte de las aguas del Duida. Atravesamos la selva inundada; sorprendemos patos, garzas, guacamayos, manadas de báquiros...

Francisco me inicia en el conocimiento de la selva. El sol, filtrando entre las ramas, juega con las aguas de pequeñas lagunas y charcos: aguas de una extrema limpidez, de tonos amarillentos, metálicos, en las cuales se reflejan los troncos esbeltos. En los riachuelos, la corriente viva, embisitando piedras y guijarros, anima aún más los colores. La escasez de grandes árboles vigorosos, cuyo tamaño atestigua la edad, me sorprende; no hay árboles venerables, con sus heridas y sus ramas muertas. Aquí, todo nace con facilidad, crece y muere rápidamente: un túmulo cónico —la hormiguera— y un muñón podrido, marcan el sitio de cada árbol caído. Al caerse el árbol, muerto,

comido per los insectos, vacío, aplasta las matas cercanas, y, ya, cien plantíos van brotando hacia la luz. Pues, la selva es, sobre todo, la lucha por la luz: el surgimiento vertical; o, al contrario, la expansión, el «monte cerrado» de las orillas bañadas por el sol.

Los arqueólogos, Cruixent y Laforest, jalaron con palitos blancos la parte noroeste de la sabana, restituyendo el plan del antiguo pueblo. Unos túmulos, recubiertos de vegetación, marcan el sitio de las casas; se lee el trazado de las cuadras, plan típico de los pueblos construidos por los españoles. El conjunto es perfectamente visible desde el avión, bajo un ángulo oblicuo.

Por segunda vez, La Esmeralda conoce el dinamismo de tal actividad creadora. Al cabo de su primer viaje al alto Orinoco, Apolinar Diez de la Fuente, uno de los miembros de la Expedición de Límites de Iturriaga, regresó a San Fernando de Atabapo el 24 de Abril de 1760. Por orden de Solano, salió otra vez aguas arriba el 5 de Agosto, con el propósito de pacificar a los indígenas y establecer fundaciones, basadas en la recolección de plantas silvestres, tales como el cacao, la canela, la nuez del Brasil... Pero otra causa del dinamismo de los españoles era un mito: el de las piedras preciosas, las esmeraldas, mito que precisamente recuerda el nombre de la zona de colinas y sabanas.

Dos caciques del Río Iguapo, el cual desemboca en el Río Orinoco dos leguas aguas arriba de La Esmeralda, llamados Guarape y Guarena, siguieron, con su gente, a Diez de la Fuente. El 9 de Noviembre de 1760, el pueblo ya estaba trazado, y el entusiasmo de los indios fue tal que el 14 de Noviembre estaba terminada la casa del cacique Guarape. Pero este mismo día, Diez de la Fuente recibió orden de regresar a España. Convocando a los caciques, les dio noticia de la orden que acababa de recibir, diciéndoles que volvería dentro de dos lunas; le contestaron que había que obedecer a su jefe y que ellos mismos avisarían a los indios de seis tribus, para terminar el pueblo antes de su regreso. Diez de la Fuente no pensaba entonces que su mentira, destinada a apaciguar a sus amigos, sería algún día una realidad. El que había empezado esa empresa debía terminarla, algunos años después, y La Esmeralda fue una fundación digna de su inteligencia y de su tenacidad.

El 7 de Julio de 1951, llegaron, con un avión de las Fuerzas Aéreas Nacionales, dos distinguidos visitantes: el Teniente coronel Enrique Rincón Calcaño, Gobernador del Territorio Federal Amazonas, y Mons. García, Vicario Apostólico de Puerto Ayacucho. Quizás el esfuerzo conjunto de las autoridades civiles y misioneras, prolongación del nuestro, promete a La Esmeralda un nuevo porvenir. La Santa Misa, celebrada en medio del campamento, sobre un cajón de galletas, por el

Obispo del Territorio Amazonas, en presencia del Gobernador de dicho Territorio, evocadora de otras Misas celebradas antaño, para fundar pueblos que hoy son ciudades, nos apareció como el símbolo, el signo precursor de ello.

Segunda fase — «Río arriba» — Los indios del alto Orinoco El paso de los raudales —.
Las fuentes del Río

La comisión avanzada, encargada de establecer el Campo de Base N° 2, sale aguas arriba el 3 de Julio, hacia el mediodía. Según nuestro programa, este campamento debe ser el centro de una segunda zona de estudio; debe instalarse en las cercanías del Raudal de los Guaharibos, el primer gran raudal del alto Orinoco, donde ya habían tropezado muchas expediciones anteriores. Solo Jean Chaffanjon en 1886, Spencer Dickey en 1931, y los cortadores de madera de Manuel Butrón, pasaron hasta la fecha, más allá de este punto. Butrón mismo va a guiar nuestro convoy: un convoy pintoresco y bastante extraño, formado por una vieja lancha techada con palmas, remolcando media docena de curiaras y falcas; solo las embarcaciones pequeñas pasarán el raudal. Entre La Esmeralda y el Raudal de los Guaharibos, la lancha solo puede navegar durante la temporada de aguas altas.

Se embarcaron víveres de reserva, gran parte de la provisión de manioco, base de la alimentación de la gente, al que nosotros también nos hemos acostumbrado. La gasolina se repartió en tambores de doscientos litros y en bidones de veinte. Los botánicos nos remitieron, por lo menos, un metro cúbico de periódicos viejos y de papel secante. Tenemos también unos cuantos cuchillos, hachas y machetes, destinados a los indios como regalos y trueque.

Parece cierto que los indios que se nombran ellos mismos Guaharibos, viven en la región del Río Padamo, de su afluente el Río Matacuni, así como probablemente, en el del Río Ocamo. Varios grupos de ellos nos visitaron en La Esmeralda, llegando sea por tierra, sea por agua, bajando el curso de los ríos a bordo de primitivas y frágiles balsas, hechas todas con las cortezas de solo árbol grueso, adaptada a una amazón de ramas flexibles. Con tan primitivas embarcaciones, no pueden remontar la corriente: las abandonan y regresan por tierra. Se encontraron en nuestro Campamento de Base N° 1, hasta cuarenta Guaharibos, todos procedentes del Río Padamo. Los indios que frecuentan las riberas del Río Orinoco, aguas arriba de su confluencia con el Río Ocamo, se designan bajo el nombre de Uaikas. Presentan grandes semejanzas con los Guaharibos del Padamo, pero nos parecieron aún más primitivos, aunque algunos de ellos han tenido contactos intermitentes con los atrevidos cortadores de madera de Manuel Butrón, los cuales se aventuran,

cada año, hasta aquellas soledades. Los Guaharibos del Padamo, al contrario, nunca habían visto hombres blancos; tienen en cambio, desde varias generaciones, relaciones seguidas con los Makiritares del Río Cunucunuma.

El 16 de Julio, por la mañana, cuando navegábamos siguiendo la orilla izquierda, cubierta por la densa selva, oímos repentinamente un grito ronco; dos indios, completamente desnudos, la cara y el cuerpo pintados de color morado, aparecen entre las matas. Haciendo movimientos desordenados, blandiendo sus arcos, están gritando: «"Shori"... "Shori"». "Amigos"... "Amigos"... Desde lejos enseñamos cuchillos y machetes, y repetimos: «"Shori"... "Shori"... "Shori"...». El barranco no nos permite acercarnos a la orilla. Corriendo entre los árboles y malezas, los indios desde la ribera, marchan a la par de nuestro pesado convoy, hasta un lugar más adecuado para atracar: «"Apo"... "Apo"... "Apo"...». "Vengan"... "Vengan"... Son seis jóvenes que se echan al agua y tratan de subir a bordo, siempre riendo, gesticulando, jugueteando entre sí. Espontáneamente nos ofrecen sus arcos y flechas, de casi dos metros de largo; distribuimos cuchillos, machetes y manioco. "Somos seres muy extraños"... Examinan y tocan nuestras ropas, nuestras botas... Acarician nuestras barbas, repitiendo sin cesar «"Shori"... "Shori"...». Como una letanía, repetimos a nuestra vez «"Shori"». Este mismo día tomaremos contacto con tres grupos de Uaikas; cazando quizá por aquellos parajes, habían oído el ruido de nuestros motores y vinieron hacia el río.

El Uaika es fuerte, y, en general, parece sano. Posee una estatura mediana, más bien esbelta; las piernas, relativamente largas y delgadas, hacen contraste con el tronco rechoncho y los brazos musculosos. Este contraste puede atribuirse al uso del potente arco. La tez del Uaika es más clara que la de muchos otros indios, como los Makiritares o los Guahibos; tiene los ojos menos oscuros, y también el cabello que lleva cortado en forma de corona. Todos los hombres y adolescentes llevan profundas cicatrices en el cuero cabelludo, muy visibles por el corte de pelo que acostumbran. A nuestras reiteradas preguntas para obtener explicación sobre el origen de estas cicatrices, los indios, hablando por señas, nos hacen comprender que se trata de golpes de bastón, o de macana, y que existe alguna relación entre los golpes y la posesión de una mujer.

El Uaika va completamente desnudo; lleva únicamente alrededor de la cintura, un cordelito de algodón silvestre, con el sexo atado hacia arriba por medio de una ligadura alrededor del prepucio. Todos llevan adornos en los brazos, encima del codo: sea un cordelito de algodón, bastante apretado al músculo, sea un brazalete o cinta, hecho con piel de mono o de pájaro. Se atraviesan el lóbulo de las orejas con palitos de caña brava o con plumas de guacamayo o de gavilán; también, a veces, con ramilletes de plumitas de colores vivos. Algunos, entre ellos, llevan una cintura,

hecha con una madeja de algodón, teñida del mismo color morado —parduzco que emplean para pintarse el cuerpo—. Hemos considerado, al principio, esta cintura como un signo de autoridad, como atributo de un jefe; pero esa misma frecuencia, a menudo en el mismo grupo, y sobre todo la facilidad con que los indios nos ofrecen ese adorno a cambio de cualquier objeto de trueque, nos hizo modificar nuestra primera opinión. También es un adorno muy frecuente la piel de mono «capuchino», llevada en forma de corona. El indio nunca vacila en proponernos el cambio de un cuchillo, un collar o una caja de fósforos, por uno cualquiera de sus adornos. Siempre ofrece, tan espontáneamente como el primer día, sus arcos y flechas.

El indio vive de la pesca, de la caza, de la recolección de frutos silvestres, y también de la cosecha de los conucos situados en la proximidad de los caseríos. Pero la mayor parte del tiempo se la pasa en la selva; viene al pueblo solamente cuando escasean los recursos naturales, o cuando tiene que defenderse de un grupo rival. Conoce la selva, y sabe dónde y cuándo encontrará en abundancia frutos silvestres: los de las palmeras moriche o manaca, la nuez del Brasil, llamada Yuvia...; sabe dónde y cuándo maduran los frutos que comen el pajuí, la pava, las bandas de grullas... Su oído reconoce los rumores de la selva, y descubre, desde lejos, la presencia de una manada de pécaris, o báquiros, Al bajar las aguas, va hacia los ríos para flechar peces. Su conocimiento del mundo selvático guía los incesantes recorridos del indio, en busca de su comida. Vive al día, y no tiene más reserva que una pequeña provisión de plátanos, traídos de un conuco lejano. Esta vida nómada impone un material reducido, y el indio sabe completarlo o rehacerlo en poco tiempo, con los recursos ancestrales e inagotables de la selva.

Nunca vimos a los Uaikas usar ninguna embarcación, ni siquiera las primitivas balsas empleadas por los Guaharibos; pero caminan, o más bien corren, incansablemente. Existen puntos, en los cuales la naturaleza impone el itinerario: los cañones, encima de los cuales, con más facilidad, se establecen acrobáticos puentes de lianas. Allí se constituyen a menudo vastas rancherías, grupos de cabañas, repartidas sin ningún orden en un claro del bosque, como por ejemplo, cerca del Salto Codazzi, donde se encuentran más de veinte viviendas, muy primitivas. Importantes caminos, senderos netamente trazados por repetidas idas y vueltas, conducen a estos puntos; estos senderos, al alejarse del río, se ramifican y se borran paulatinamente. Numerosos amoladores líticos, agrupados sobre las lajas cercanas, atestiguan la antigüedad, la perennidad de esas vías, de esas etapas, impuestas a la vez por las exigencias, y las facilidades de la naturaleza.

La única arma del Uaika es el arco, el más potente de todos los tipos de arcos que hemos tenido oportunidad de encontrar. El indio siempre lleva dos o tres flechas, a menudo más largas que el

mismo arco. La caña empleada en la fabricación de las flechas se cultiva en los conucos; los estabilizadores, hechos con plumas de gavilán, tienen forma casi perfectamente helicoidal. Cada una de esas flechas tiene un tipo de punta distinto, según el fin al cual está destinada. El carcaj, llamado «toracá», y hecho con un pedazo de bambú grueso, está suspendido por medio de un cordel frontal; contiene además de las puntas de flecha de reserva, las hierbas secas destinadas a encender fuego. Los palitos para provocar el fuego, así como unos cuchillitos, hechos sencillamente con dientes de chigüire adaptado a un pequeño mango van fijados con cordelitos o lianas a la «toracá».

Tal es el equipo del Uaika, en sus recorridos por las inmensas selvas: equipo sencillo y primitivo, pero perfectamente adaptado al medio ambiente. Sea que él pare durante una noche, en el transcurso de una marcha o de una cacería, sea que se demore varios días en un lugar donde la alimentación es abundante, cerca de un morichal o en una zona donde abundan las «lluvias», el Uaika construye una choza, siempre idéntica. El armazón se compone de tres palos verticales, formando la base, un triángulo más o menos equilátero de unos dos metros de lado; estos palos soportan unas viguitas horizontales, fijadas con lianas; la cubierta, hecha con hojas de platanillos, desborda ampliamente. Raras veces se encuentra aislada una de estas chozas; a menudo se ven reunidas cinco o seis, a veces una docena, y hasta cuarenta, como por ejemplo, a poca distancia del Raudal de los Guaharibos, al lado de un gran morichal. Esas rancherías no son pueblos o caseríos permanentes, sino provisionales. Tan pronto se acaban las posibilidades alimenticias en las inmediaciones, los indios las abandonan para construir otras en otro lugar. Cada una de estas pequeñas y tan primitivas cabañas, a base triangular, abriga hasta seis personas. En estas efímeras rancherías, la choza debe ser familiar, como parece serlo en los pueblos.

El único caserío permanente de los Uaikas que hemos tenido oportunidad de visitar, es el sitio llamado «El Platanal» por los cortadores de madera. Está ubicado a unos treinta minutos del Río Orinoco, en su margen derecha, y a media jornada de navegación aguas abajo del raudal de los Guaharibos. La plantación, donde se encuentra casi exclusivamente el plátano, se extiende a lo largo del río y parece tener una superficie de unas diez hectáreas, quizá algo más.

El pueblo se compone de dos recintos circulares, de unos dos metros de alto, hechos con palos fuertes, yuxtapuestos, que protegen una área de unos mil metros cuadrados cada uno; la distancia entre ambos recintos es de aproximadamente cien metros. Las chozas, del mismo modelo que las antes descritas, pero construidas más cuidadosamente, están apoyadas a la muralla, dejando en el centro una especie de plaza circular. No existe ningún espacio, ni tampoco ninguna pared, para

separar dos cabañas vecinas. El círculo de viviendas se cierra sin más interrupción que la única entrada del recinto.

Es evidente la doble función del pueblo fortificado y de la plantación: seguridad para las mujeres y los niños, y al mismo tiempo mayor eficiencia para los guerreros, cuando algún grupo rival se hace agresivo; certidumbre de disponer de una provisión de víveres cuando se hacen escasos los recursos naturales de la selva.

Yo estuve en el Platanal cuatro veces entre Julio y Diciembre. Se encontraba ahí, desde varios meses, un misionero evangelista norteamericano; gracias a él fueron bastante fáciles los contactos. Hasta cuatrocientos indios se pueden encontrar reunidos en el pueblo; llegan por grupos compuestos de algunas familias y raras veces se demoran en el caserío por más de una semana; estas continuas idas y vueltas no permiten conocer o reconocer a ningún individuo. El misionero nos afirma que nunca ha podido reconocer a un jefe; esa peculiaridad resulta aún más extraña, considerando que obras colectivas tales como la construcción de pueblos fortificados o de puentes, y la deforestación para establecer conucos tan extensos, parecen implicar una cierta organización social, y por lo tanto una autoridad.

Solo en el caserío del Platanal, hemos podido ver a mujeres y niños Uaikas; se escondieron primeramente en los bosques cercanos, pero no tardaron en regresar. Las mujeres también van completamente desnudas; no llevan tantos adornos como los hombres. Sin embargo, se pintan, sobre todo la frente y la cara; hasta los niños más pequeños tienen la frente pintada. Las mujeres acostumbran cortarse el cabello en forma redonda, como los hombres, pero sin afeitarse da parte superior de la cabeza. Hemos tenido oportunidad de ver a dos niños de unos diez años de edad, los cuales tenían heridas frescas del cuero cabelludo, visiblemente provocadas por un golpe de bastón; estos dos niños tenían también el cordel prepucial nuevo: nos parece, pues, aclarada la causa de las cicatrices del cuero cabelludo. Seguramente, estuvimos en presencia, en esta ocasión, de la primera fase de un rito de iniciación sexual progresiva.

Seis meses después de nuestro último paso por El Platanal, tuvimos oportunidad de conversar con uno de los participantes de la expedición de S. M. el ex-rey de los belgas, Leopoldo III. Los indios, disponiendo ya de hachas y machetes obsequiados por nosotros, habían construido varias curiaras, bastante toscas y de difícil manejo por cierto, pero sobre el modelo de nuestras embarcaciones.

Los raudales y saltos del alto Orinoco resultan de la heterogeneidad, de las diferencias de dureza de las rocas ígneas del complejo basal arcaico de la peneplanicie guayanesa. Las rocas más duras,

sobre todo las básicas a menudo intrusivas, cuyo desgaste es más lento, forman enormes barreras rocosas, verdaderos diques. Saltos y raudales representan el vertimiento de cresta del dique, mientras río arriba de éste quedan las aguas relativamente calmas. El perfil longitudinal del Río Orinoco, en la parte alta de su curso, es, pues, parecido al perfil de los ríos equipados con diques y esclusas de navegación, cuyo curso ha sido transformado así en una sucesión de tramos casi horizontales. Pasados el Raudal de los Guaharibos y la enorme barrera rocosa llamada, «El Peñascal», los tramos de aguas calmas son más cortos, los afloramientos rocosos más frecuentes y más vastos... ¿Hasta cuándo podremos seguir navegando?

Cuando nos vemos obligados a halar por tierra nuestras embarcaciones, tropezamos contra riberas talladas a pico; franqueamos las abruptas ondulaciones de la peneplanicie granítica, abriéndonos camino en la selva, para encontrarnos a veces con un pantano. Necesitamos días y días para vencer un obstáculo, cuando el siguiente nos detiene después de unos minutos de navegación. Establecemos campamentos intermedios, buscando la manera de franquear el paso, y tratamos de elaborar técnicas; pero dos raudales que se siguen no son forzosamente parecidos y las técnicas cambian con el nivel del río, las repentinas crecientes, el tamaño y el peso de tal o cual embarcación, el número de marineros de que disponemos en aquel momento determinado.

La noche del 23 de Agosto es bastante agitada sobre la pequeña Isla de las Hormigas, al pie del Salto Codazzi, donde Yo, junto con Butrón, Lichy, Couret e Ivanoff, enfermo, tengo la responsabilidad de pasar el material río arriba. Disponemos de una quincena de hombres, entre ellos, 3 enfermos; desde varios días padecemos de una epidemia de gripe aguda; los demás marineros se encuentran en el campamento más arriba. Las lluvias nocturnas caen excepcionalmente, pero son terribles por su persistencia y por la magnitud y la duración de las crecientes que provocan. Empezó a llover a las 7 p. m. Hacia la media noche, alarmado por el furioso ruido del raudal, me levanto; dos marineros bajo el aguacero, achican las curiaras. El río había subido más de un metro, llegando el agua hasta el chichorro de Lichy, profundamente dormido. Nuestra isla es baja, el depósito en peligro. Por suerte, disponemos de casi todas las curiaras, y tenemos así la posibilidad de embarcar el material, poniéndolo a salvo. ¿Voy a exigir de los hombres tal esfuerzo, en plena noche, bajo la lluvia torrencial y después de tantas jornadas de trabajo durísimo? Pongo señales para medir la evolución de la creciente, el río sube, en una media hora, más de veinte centímetros. Ya las vacilaciones no son posibles: una decisión se impone.

Formando cadena, embarcamos en «La Tongolele», la mayor de nuestras embarcaciones, toda la provisión de manioco, y, en las demás curiaras el material más liviano. Hacia las tres de la

madrugada, el nivel de las aguas parece mantenerse estacionario. Disponemos los tambores de gasolina, amarrados a los árboles, en la parte más alta de la isla, donde la creciente aún no ha llegado, formando así una plataforma sobre la cual se puede poner a salvo el material que no ha podido ser embarcado. Los hombres se dejan caer en las hamacas, agotados; pienso que no podrán trabajar durante el día; pero el cocinero ya preparó un substancial desayuno y todos están listos, a la hora habitual, con el mismo ánimo, la misma buena voluntad de siempre.

Para transitar los barcos más pesados por el camino que dobla el Salto Codazzi, se necesita el esfuerzo de todos, marineros y personal científico. Más de cuarenta hombres, jadeando, halan y empujan. Cruixent dirige la maniobra, dando voces: ¿Listos? «Uno»... «Dos»... «Ha»... «El barco avanzó medio metro...» ¿Listos?... «Uno»... «Dos»... «Tenemos que dejar La Tongolele», demasiado pesada. Necesitamos quince días —del 13 al 28 de Agosto— quince días de aquel trabajo hercúleo, para franquear la distancia de unos seis kilómetros entre el Raudal de los Uaikas (Campamento de Base N° 3) y la Isla del Esfuerzo, (Campamento N° 4).

Antes de emprender una nueva serie de reconocimientos para preparar otra etapa, necesitamos reposo. Revisamos el material, las provisiones; se carenan las embarcaciones... Sigue siendo grave la epidemia de gripé: nuestro Campamento de base N° 4 se transforma en un hospital de campaña tres de nuestros compañeros: Alas Chávez, de Civriéux y Laforest, deben separarse de la Expedición y ser evacuados a Caracas. El 2 de Septiembre, un DC3 de las Fuerzas Aéreas Nacionales nos trae materiales y víveres frescos; por primera vez después de varios meses, tenemos cartas de nuestras familias.

Campamento N° 5... Campamento N° 6... Reconocimientos... Comisiones avanzadas... Raudales y caminos abiertos en la selva... El avance sigue..., penoso, día tras día... La meta de nuestra nueva etapa es la confluencia del Río Orinoco con el Río Ugueto. Esta confluencia aparece en los mapas desde 1944; antes de esta fecha, el origen del Río Orinoco aparecía más al oeste. En el curso de la campaña 1943-44 de la Comisión Brasileño-Venezolana de Límites, un ingeniero de Cartografía Nacional de Venezuela, Hilario Itriago, bajando el Río Tigre, que corre rumbo al norte desde la frontera, llegó a un gran río que bautizó Río Ugueto, al que siguió hasta su desembocadura. El río al cual iba a desembocar el Ugueto no podía ser otro que el mismo Orinoco, cuya magnitud en este punto atestiguaba orígenes bastante lejanos hacia el este. Se emprendió desde la Guayana Inglesa, una serie de vuelos de reconocimiento que permitieron fijar aproximadamente la posición del nacimiento del río.

Durante su quinta expedición al alto Orinoco, en 1931, el explorador norteamericano Spencer Dickey había llegado probablemente más allá de aquella confluencia: uno de nuestros marineros, Jesús Martínez, formaba parte de la tripulación de Dickey; era en aquel entonces muy joven y solo recuerda «que se pasaron muchísimos raudales y la boca de un gran río... y que navegaron cuarenta días aguas arriba del Raudal de los Guaharibos».

A principios de Octubre, las varias comisiones de la Expedición se encuentran reunidas en el Campamento de base N° 8, establecido sobre la orilla derecha del Orinoco, frente a la desembocadura del Ugueto. Ondeán las banderas. Los científicos continúan sus investigaciones. Una vez más se carenan las curiaras, después de ser tántas veces arrastradas sobre piedras y arenas; el material es revisado; se hace el inventario de las provisiones. Dos aviones del X Grupo de Transporte nos visitan; por segunda vez, caen paracaídas, con víveres frescos.

El 12 de Octubre se celebra en medio del campamento, el Día de la Raza. Todos los marineros y los miembros de la expedición saludan la Bandera Nacional. Dirigiendo la palabra a la ruda gente que nos rodea, el Mayor Risquez, explica el significado de aquella ceremonia: «Hoy se celebra en Venezuela y en los demás países americanos, el aniversario del descubrimiento de América, realizado el 12 de Octubre de 1492, por Cristóbal Colón. Seis años después el mismo Colón entró por vez primera, en el Golfo de Paria, acercándose a las costas de nuestra tierra y teniendo la primera intuición de nuestro Gran Río: nuestro afán de llegar al nacimiento del Orinoco debe ser igual al de Colón y de sus compañeros... Nuestra raza resulta de los antiguos moradores descubiertos por Colón, cruzados con los españoles; por eso respetamos y respetaremos a los hombres de esta tierra: los indios, venezolanos como nosotros, más americanos que nadie».

El 24 de Octubre, se reinicia el avance. Aguas arriba de su confluencia con el Río Ugueto, el Orinoco apenas mide de treinta a cuarenta metros de ancho. La época es la más seca del año y la escasa profundidad impide a veces el uso de los motores. Al anochecer, hemos recorrido unos doce kilómetros. Se oye el ruido de un raudal cercano: ya sabemos que mañana va a ser un día de trabajo fuerte.

La expedición es detenida. Las comisiones de exploración caminan veinticuatro horas, reconociendo largo tramo del río; «Es difícil seguir navegando... el río es puro raudal. ... mejor ir a pie...». Al día siguiente emprendemos la marcha. Ya se preparan las cargas... Salieron los «picadores», encargados de escoger el paso y abrir camino. Según los rudimentarios mapas y croquis de los cuales disponemos, tenemos por delante unos sesenta kilómetros hasta llegar a las fuentes del río:

sesenta kilómetros por las ondulaciones de la peneplanicie, cubiertas de selvas oscuras y húmedas, cruzando innumerables riachuelos de riberas cortadas a pico, con la pesada carga al hombro.

Sea por cansancio o por enfermedad, Croizat, Lichy, Couret, han de renunciar y piden su evacuación. El valiente Manuel Butrón, con sus 75 años de edad, también se ve obligado a regresar. Yo me propongo acompañarles, por lo menos hasta el pie de los últimos raudales. Disponemos de seis marineros: tres de ellos volverán a subir conmigo, tratando de alcanzar al grueso de la expedición. El primer día de nuestra bajada, tenemos la desgracia de perder dos barcos, los mejores, livianos y de buen tamaño, quedándonos con una curiara enorme, de difícil manejo para tan poca gente... ¿Cómo pasaremos los raudales, arrastrándola por los montuosos caminos?... Tenemos muy pocas provisiones, y vamos a perder mucho tiempo con esta pesada embarcación. Después de diez días, ya no nos quedan víveres. Todos, incluso los enfermos, deben ayudar a las maniobras.

Debido a la falta de abastecimiento, al tamaño del barco, y también al estado de salud de uno de nuestros enfermos; tengo que bajar, con mis hombres, hasta La Esmeralda, donde llegamos el 15 de Noviembre, después de veinte días de viaje y de lucha.

En el Campamento de base N° 1, consigo provisiones, gasolina y una curiara liviana. Después de tres días de descanso los tres hombres que van a acompañarme río arriba se hallan en perfecta forma. El 19 llega un avión a buscar a nuestros tres compañeros; también va a volar sobre la expedición para largar material y provisiones. Participo en el vuelo, localizando la expedición a algunas leguas de las fuentes del Orinoco; el río apenas se distingue en la selva... Reconozco los detalles del curso: saltos, raudales, islas, afluentes, todos aquellos lugares cien veces recorridos, pasando carga, arrastrando embarcaciones... todos aquellos pasos que otra vez voy a franquear. Salimos el 20 al amanecer. El río es bajo; tenemos que evitar las playas y bancos de arena. El 3 de Diciembre, ya estamos en Ugueto; el 4 emprendemos la marcha, morral al hombro, desde nuestro punto de partida aguas abajo, treinta y siete días antes.

Seguimos el camino resbaladizo abierto por la expedición, el túnel sin fin por donde desfiló antes la jadeante caravana; cuatro hormigas empeñadas en buscar su colonia. Las lianas cortadas cuelgan, como inmensos tentáculos muertos, encima de la estrecha senda; ya van brotando millares de plantíos, invaden el camino y los campamentos abandonados, que jalonaron la marcha del grueso de la expedición. .. Marcha lenta: pasamos en un día tres o cuatro de estos campamentos. ¿Llegaremos hasta el fin, hasta las fuentes del Orinoco, que vine a buscar desde Francia?... ¿O bien

encontraremos a nuestros compañeros en el camino de regreso?

El 8 de Diciembre por la tarde, cuando la senda iba siguiendo las tumultuosas aguas del río, oímos machetazos y confusos gritos: ¿Serán indios, o nuestros compañeros?... Escuchamos, acercándonos con prudencia. Ivanoff y Pélegri, con unos obreros, preparan el campamento... Abrazos... Felicitaciones y decepción. Poco a poco va llegando la caravana: cuarenta hombres sudorosos y cansados. La mayoría van descalzos, caminando muy curvos, casi agachados por el peso del «catumare» que llevan en la espalda, sosteniéndolo con una correa o una cinta de corteza de árbol que ciñe la frente. Habían salido del campamento de las fuentes tres días antes.

El río, casi siempre raudaloso y corriendo sobre un lecho de roca, iba empequeñeciéndose y encajonándose. El 26 de Noviembre, un mes después de haber abandonado las embarcaciones, el grueso de la expedición acampó al borde de una zona pantanosa, de la cual, entre bloques de arcilla, vigorosas matas y hojas muertas, brotaba el agua, salía el riachuelo. Al día siguiente, temprano, emprendieran marcha para llegar a la cumbre divisoria de aguas. A las ocho horas y cuarenta minutos contemplaron entre las nubes la inmensidad de las ondulaciones de la peneplanicie guayanesa: al norte y al oeste, las que venían de atravesar; al este y al sur, el relieve y la selva dejaban ver las aguas del Catrimani corriendo hacia el Río Branco, hacia el Amazonas.

Campamento... Comunicaciones radiotelefónicas... Aviones y paracaídas... Estudios... Observaciones astronómicas. .. Se establece, entre las banderas de Venezuela y de Francia, un poste de cemento con la placa de bronce de la Cartografía Nacional de Venezuela. Los datos de ubicación de la divisoria de aguas, debidamente calculados según las observaciones hechas por el Capitán Félix Cardona Puig resultaron:

Latitud Norte: 2° 19' 05" 7.

Latitud Oeste de Greenwich: 63° 21' 42" 63.

Altitud: 1.047 metros sobre el nivel del mar.

Solemnemente, se depositó en la masa de cemento el original del acta firmado por todos los participantes.

El viaje de regreso, facilitado por las aguas bajas y el buen tiempo fue rapidísimo. El 23 de Diciembre, llegó a La Esmeralda toda la expedición. Ya el avión de las fuerzas Aéreas Nacionales nos estaba esperando. A las doce del día, estábamos todavía sobre el Orinoco, canaleta en mano, pues se nos había agotado la gasolina. A las cinco y media p. m., ya estábamos en Caracas,

rodeados por personalidades, periodistas y familiares, bajo la luz de los proyectores. Terminada la aventura, terminado el sueño...

Tercera fase: Primeros resultados.

Tan pronto como llegaron a Caracas, los miembros de la expedición emprendieron el estudio de los datos y del muestrario. Las distintas colecciones —etnografía, arqueología, mineralogía, botánica, entomología, parasitología— están siendo estudiadas por especialistas reconocidos en Venezuela y en el exterior. Ya han sido presentados resultados parciales e informes provisionales.

La representación Venezolana al XVII Congreso Internacional de Geografía, celebrado en Washington del 8 al 15 de Agosto de 1952 presentó la película sintética de la expedición. Una comunicación, sobre la formación del Brazo Casiquiare y el desgaste de las areniscas del Macizo Guayanés, ha sido presentada por la Delegación Francesa.

El 27 de Noviembre de 1952, día aniversario del descubrimiento, fue inaugurada por el Ciudadano Presidente de la Junta de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela y por S. E. el Señor Embajador de Francia, en el Museo de Ciencias Naturales, la Exposición Biogeográfica del Orinoco, realizada por los miembros de la expedición.

Con motivo de la Expedición Franco-Venezolana al Alto Orinoco, la Cartografía Nacional de Venezuela realizó el levantamiento aéreo de una extensa zona del Territorio Federal Amazonas, incluyendo el curso del Río Orinoco hasta sus fuentes. El bosquejo de las hojas «Río Orinoco» del mapa de Venezuela a la escala de 1/250.000, ha sido presentado al XVII Congreso Internacional de Geografía en Washington, y figuró en la Exposición Biogeográfica del Orinoco, en Caracas.

Uno de los resultados más interesantes de nuestra expedición ha sido abrir el campo a futuras misiones de estudio, quizá más limitadas en cuanto al número de sus participantes, y con fines más especializados. Además, los marineros de la región del alto Orinoco se dieron cuenta de que, tomando las debidas precauciones, no existe ningún peligro en las relaciones con los aborígenes.

Tómense estas cuartillas, escritas en el campo para corresponder al alto honor que me hizo la Academia de la Historia de Venezuela pidiéndome este artículo, como un breve resumen de esta interesante expedición, y como un sincero homenaje a todos mis compañeros, especialmente a los venezolanos de todas las jerarquías, que con su denodado esfuerzo y sacrificio extraordinario

determinaron el éxito.

Joseph Grelier

Notas—Dadas las condiciones en que hemos escrito la breve reseña que precede, nos fue imposible consultar nuestros ficheros, ni dar una bibliografía lo suficientemente completa y exacta. Por ello, nos permitimos remitir al lector a los dos artículos siguientes, donde encontrará una extensa bibliografía:

Pablo Vila — Las características Fisiográficas del Orinoco. Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela, N° 203, Febrero 1953.

Las Etapas Históricas de los Descubrimientos del Orinoco. «Revista Nacional de Cultura», N° 90-93, Caracas, Enero-Agosto 1952.

